

Gonzalo Méndez de Amaya
adelantado será
mayor, pues lo es en sus hechos,
del reino de Portugal.

GONZALO. Siglos en vez de años cuenten.

ALFONSO. A vos también, Pedro Páez,
mi alférez mayor os nombro.

PEDRO. Premio es de tu mano real.

ALFONSO. Déle á don Egas Muñiz
por amante y por leal,
Leonor, la mano de esposa,
pues es de mi casa ya
caballerizo mayor.

EGAS. Llegó mi felicidad
á lo sumo del deseo.

ALFONSO. Y á doña Elvira Gualtar,
un tiempo amoroso hechizo
de mis años, mejorar
supo afectos religiosa,
Teresa y Urraca están
á mi cargo y son mis hijas;
la primera casará
con don Fernando Martínez,
Marte en guerra, Numa en paz,
siendo señor de Braganza,
y la segunda tendrá
al noble don Pedro Alfonso
de Viegas, nuevo Anibal,
por consorte esposo y dueño.
Ya surca Matilde el mar,
bella infanta de Saboya,
para que pueda reinar,
como mi esposa en mi pecho,
como sol en Portugal.

ESCENA XV

Sale BRITO.—DICHOS.

BRITO. Vengan á la almoneda.

ALFONSO. ¡Brito!

BRITO. ¿Cherenme comprar
para agujetas de perro,
porque sino rabiarán,
una hacina de moriscos?

ALFONSO. ¿Haslos muerto tú?

BRITO. Verá:

si soy médico perruno,
¿quién los habla de matar?
ALFONSO. Doyte por cada cabeza
cien cruzados.

BRITO. Pues cruzan
y vayan grande con chico,
hételos adónde están,

*(Descubre un montón de moros muertos
unos sobre otros en diferentes posturas.)*

ALFONSO. Cobarde valiente fuiste,
mayores premios tendrás.
De tu aldea eres señor.

BRITO. Pues no me pienso casar.

ALFONSO. Vamos al templo celeste,
á la mesa del Maná,
á las aras del Cordero,
al convite del altar,
donde entre puros viriles
la fe nos muestra al Isaac
de su padre sacrificio,
del mundo felicidad;
cantarále esta victoria
himnos dulces en la paz,
pues han triunfado en la guerra
Las Quinas de Portugal.

Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, así portugueses como castellanos, especialmente del *Epitome* de Manuel de Faria y Sousa, parte 3.^a, cap. 1, en la vida del primero Conde de Portugal, pág. 339; Don Enrique, y cap. II, en la del primer Rey de Portugal D. Alfonso Enriquez, pág. 349 *et per totum*; ítem del librito en latín intitulado *De vera regum Portugaliae Genealogia*; su autor, Duarte Núñez, jurisconsulto, cap. 1. De *Enrico portugaliae comite*, fol. 2 et cap. II; de *Alfonso primo Portugaliae rege*, fol. 3. Pero esto y todo lo que además de ello contiene esta representación se pone, con su autor, á los pies de la Santa Madre Iglesia y al juicio y censura de lo que con caridad y suficiencia la enmendaren.

En Madrid á 8 de Marzo de 1638.

El Maestro Fray Gabriel Téllez.

BELLACO SOIS, GOMEZ

PERSONAS

DOÑA ANA.
BOCEGUILLAS.
DON GREGORIO.
MONTILLA.
TRES COCHEROS.
TRES ESTUDIANTES.

DOÑA PETRONILA.
DON FRANCISCO.
UN ALGUACIL.
DOS CORCHETES.
MELCHORA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA ANA, de hombre, como de camino, con la cruz de San Juan al pecho, y BOCEGUILLAS, gracioso.

BOCEG. Esta es la venta maldita
que intitulan de Viveros,
con su alameda, que enana,
ha sido á tanto suceso
otra selva de aventuras.
Aquí tienen su colegio
los grajos de esta comarca,
cuyos pollos los venteros
bautizan en palominos;
y á todo escolar hambriento
le dan grajuna fiambre
en lugar de perro muerto;
aquí cuantos se ensotanán
se matriculan primero;
en toda dama bullaque
todo jácaro cochero;
aquí, en fin, si hacemos noche,
te espera, cuando cenemos,
vino del Monte Calvario,
pan como un veintidoseno,
rocín-ternera en adobo,
barbo, esto sí, jarameño,
corto mantel de la Mancha,
pie de taza por salero,
y, en llegando el tanto monta,
aceitunas de reniegos.

ANA. ¡Ay, francesas hosterías!
BOCEG. Dicen que el rico avariento
fué de Francia.

ANA. Anda, borracho.

BOCEG. Pilatos, sí.
Soy un necio.

(Dentro voces y riña.)

EST. 1.^o ¡Aquí de todo el Alcarria!

COCH. 1.^o ¡Aquí del cochista gremio!

¿Ramos? ¿Garrancho? ¿Palomo?

¿Juan el Zurdo? ¿Gil el Tuerto?

ANA. ¿Por qué serán estos gritos?

ESCENA II

Salen con terciados tres ESTUDIANTES, con giferos tres COCHEROS, y MONTILLA, con daga, riñendo.—DICHOS.

BOCEG. Pendencia es, sin duda, en cueros,
vel jarros, pan cotidiano
de sopistas y cocheros;
calla y verás maravillas.

ANA. Pues aquí nos retiremos,
que gusto de carambolas
semejantes.

BOCEG. Toma puesto.

EST. 1.^o ¡Fuera dije!

COCH. 1.^o ¡Vive Cristo!

¡Téngase todo gifero,

todo gorrista terciado,

todo bribón de convento!

¡El codillo ha sido burro

á pagar de mi dinero!

EST. 1.^o Pues repóngalo.

MONTILL. ¿Qué llama reponer, aunque sobre eso?
 EST. 1.º No hay sobre eso ó sobre esotro; yo soy juez y lo sentencio.
 MONTILL. Aunque lo visto cuantos aran y cavan.

ESCENA III

Sale DON GREGORIO. — DICHOS.

GREGOR. ¿Qué es esto, Montilla? Pues tú alborotas la venta.
 MONTILL. Quieren con fieros, porcionistas y arremulas, meternos aquí los dedos por los ojos.
 COCH. 2.º A él le digo tenga un poco de respeto, que aquí toda es gente honrada.
 MONTILL. ¿Quién lo niega?
 GREGOR. ¿Por qué es ello?
 EST. 1.º No es más que por treinta cuartos.
 GREGOR. ¿De qué los debe?
 EST. 2.º Del juego.
 GREGOR. ¿A qué jugabas?
 MONTILL. Al hombre, y oiga vuested si los debo. Yo era postre; salió un cinco de bastos; robé en premio de que me entró el as garrote, el rey, la sota y, con ellos, el tres, que hacen cinco triunfos; baldéme de copas luego, porque ya lo estaba de oros; los otros dos compañeros casi todos carta blanca pasaban; pero, soberbio el que era mano, se hizo hombre cuando se vió, escuche el cuento, con la trinca coronada, malilla, espada y tras éstos, otros dos con el caballo y el as de oros. Dijo: «Empiezo»; sacó el rey doblón, ahorquéle; el cinco de espadas juego; atraviesa el socio un triunfo con que el hombre sin remedio se halló de otro rey baldado; lo mismo fué el rey tercero, de copas, que imitó á Judas, ahorcado de pie de perro; vuélvole por las espadas, que se llevó sin remedio el tal hombre, atravesando entonces los cuatro leños; triunfa con la espada; sirvo con el cinco; hago lo mismo con la sota, á la malilla, y quedóse el pobre güero con solo un triunfo á caballo, mas con el rey se le pescó; vióse el dicho con tres bazas, con un par los compañeros, yo con tres, y faltaba una tan solamente. Aquí es ello.

Enseñeles en la mano, para rematar el pleito, por última carta el basto. Dicen, pues porque me meto, habiéndole visto todos en la baraja y no le echo en la mesa, que fué burro; que el codilló por él pierdo y que reponga la polla.
 ¿Sentenciara tal Gayferos?

EST. 2.º Sentenciáralo una mula.

MONTILL. ¿Por qué?

EST. 1.º Porque dió recelos de que jugó con diez cartas y, la décima, encubriendo debajo del basto, quiso darnos papilla, con miedo de que, echando los dos naipes en la tabla, y manifiesto el burro, no le pagase.

GREGOR. Ahora, amigos, chico pleito; sirva por mí este doblón de montante. *(Dásele.)*

EST. 1.º ¡Caballero!

¡De veinticinco quillates!

¡Por Cristo!

COCH. 2.º Eche acá esos huesos, que es muy honrado el Montilla, y esta pendencia mojemos. *(A Montilla.)*

MONTILL. Yo, por mí.

EST. 1.º Pues, yo, por mí.

(Danse las manos.)

COCH. 2.º Chata, saca vino y queso.

EST. 2.º ¡Victor el dona pecunias!

¡Victor el accipe argentum!

COCH. 1.º Victor también en romance:

¡Vive el coime!

EST. 1.º ¿No bebemos?

(Entranse Estudiantes y Cocheros.)

ESCENA IV

DICHOS, menos éstos.

BOCEG. En estacadas vinosas no hay otras leyes del duelo más de que, herido sin culpa, ponga la sangre un pellejo.
 ANA. Boceguillas, mal aliño en la dicha venta vemos para pedir gollerías. Luna hace.

BOCEG. ¿Y es barro el fresco?

ANA. Pues alto de aquí. ¡A ensillar!

GREGOR. ¿Vais á Madrid, caballero?

ANA. Voy; muy á vuestro servicio.

GREGOR. Si desde aquí á allá merezco

aliviaros lo penoso

de la soledad, lo mismo

quisiera excusar con vos.

ANA. Interesado lo acepto.

GREGOR. ¿De dónde venís?

ANA. De Italia

y Nápoles, por lo menos.

¿Y vos?

GREGOR. De Calatayud agora; aunque ha poco tiempo que milité en Lombardia.
 ANA. ¡Oh! pues, siendo así, tendremos, para tres leguas que faltan, gustoso entretenimiento. Ea: no hay sino picar.
 GREGOR. Sufríos un poco y cenemos:
 ANA. En venta y con tanta bulla hallaréis mal aparejo.
 GREGOR. Yo traigo lo que nos baste para tomar un refresco.
 ¡Montilla! dentro ese bosque, que más parece bosquejo, cenaremos sin ruido; busca el sitio más á cuento y más libre de embarazos, y en él la cena prevennos.
 MONTILL. A registrar las bizaras voy como un lebel.

GREGOR. Traemos con cuatro frascos de vidrio, agua, vino y nieve en ellos, un corcho de Zaragoza que, empegado por de dentro y de baqueta el ropaje, juzgo que no echaréis menos cantimploras cortesananas.
 ANA. Son prevenciones de cuerdo.
 GREGOR. Acompañale un jamón de Molina, y os prometo que á Rute y las Algarrobillas se las apuesta.

ANA. Os lo creo.

GREGOR. Cocióse éste en vino blanco, clavos, canela, romero,

y está tierno como un agua.

ANA. Me aplico mucho á lo tierno.

GREGOR. Vitela ó ternera en pan, del mismo modo un conejo y una caja para postre.

ANA. Lo dulce es lindo: *Laus Leo.*

GREGOR. Anda, pues, y date prisa.

ANA. Ayúdale tú.

BOCEG. Para eso

hallárame todo rumbo

haldas en cinta.

ANA. Acabemos.

(Vanse los dos.)

ESCENA V

Doña ANA y DON GREGORIO.

GREGOR. ¿Es vuestro nombre?

ANA. Don Gómez

Dávalos.

GREGOR. La que en el pecho noblemente os califica abona blasones vuestros.

ANA. Nací en Nápoles. Mis padres de Rui López descendieron, el que en Castilla á validos dejó lástimas y ejemplós.

Pero ¿cómo os llamáis vos?

GREGOR. Don Gregorio de Toledo

y Leiva.

ANA. ¿Cómo dijistes?

GREGOR. Toledo y Leiva soy.

ANA. *(Ap.)* ¡Cielos!

¿Qué es lo que oigo? *(A él.)* Originario sois de España; pero deudos en Nápoles, generosos, conozco yo que, herederos de aquel don Antonio, pasmo de Francia, por quien vió preso el Alcázar de Madrid al Valois de más esfuerzo, se juzgan ya italianos.

GREGOR. Uno, don Gómez, soy de éstos; más que noble, venturoso, si serviros á vos puedo.

ANA. Bésoos las manos; querría, en fe de lo que ya os debo, que algún buen hado me trujo á este sitio á conoceros, saber de vos cierta cosa.

GREGOR. Llave tenéis de mi pecho, basta ser Avalos vos.

ANA. La mano otra vez os beso.

GREGOR. Es para mí ese apellido fatal.

ANA. Y viene con eso

lo que yo he de preguntaros.

GREGOR. Decid, pues, que estoy suspenso.

ANA. Para más claras noticias, don Gregorio, lo primero que supongo es que en Milán servicios de vuestro acero os granjearon las plazas más honradas, y, ascendiendo por ellos, fuistes dos años Maese de Campo de un tercio de española infantería. ¿No es así?

GREGOR. Estáis en lo cierto.

ANA. Lo segundo que supongo es que, mediando ambos deudos, pretendistes desposaros en Nápoles ese tiempo, sin haberla jamás visto, con una dama, que os puedo afirmar que en lo virtuoso fué el prodigio de aquel reino. Doña Ana Dávalos tuvo por nombre, que ya recelo que desaires no ajustados á vuestros nobles empeños la tienen sin nombre y vida.

GREGOR. Sentíralo en extremo, que es doña Ana el sol de Italia; pero mejor lo hará el cielo.

ANA. Ahora, pues, que confesastes todos estos presupuestos, decidme: ¿con qué motivo, habiéndola, en nombre vuestro, dado la mano de esposo, ausente vos, un tercero, rehusastes ejecuciones en cosa de tanto peso, desacreditando fácil la fe vuestra y su respeto? Pues si os admitió doña Ana, no por amor, que, sin veros,

mal pudiera enamorarse, sino obediente á consejos de canas, por quien se rige, todos cuantos se los dieron á instancia vuestra, agraviados, no juzgan vuestro desprecio menos que con causa mucha. Y el escándalo, que ciego echa siempre á la peor parte con cualquiera fundamento, en desdoro de doña Ana, osa eclipsar el espejo más claro que vió la corte napolitana.

GREGOR. Diréos, ya que como consanguíneo tan de parte suya os veo, tres suficientes motivos con que quedéis satisfecho, y yo, con vos, disculpado. Escuchad.

ANA. ¿Tres por lo menos suficientes, Don Gregorio? Decid, decid.

GREGOR. El primero, y que es más considerable, fué el saber los galanteos, después que por otra mano me vi en sus coyundas preso, del marqués Pompeyo Ursino, siendo relator él mismo, que vino á ver nuestro campo, de favores que excedieron permisiones cortesanías, y aunque muchas veces celos en quien ama perdidoso, suelen alargar el freno á la pasión destemplada, y está indiciado Pompeyo, como mozo, en esta parte más que debiera, no es cuerdo quien ignora que en los puntos del honor siempre valieron, si hay indicios opinables, más los dichos que los hechos.

ANA. ¿Pompeyo favorecido jamás de doña Ana?

GREGOR. Aquesto me afirmó no una vez sola. Servíos, para que demos fin á cuentos tan pesados, no interrumpir los progresos que me mandáis que os resuma.

ANA. Proseguidlos, que, si puedo, me templaré lo que duren.

GREGOR. Yo, pues, no á su amor sujeto, como ni esa dama al mío, pues, como advertís, sin vernos fuera difícil amarnos, y las sospechas tras esto, de lo referido tuve noticia de que, saliendo de la esfera esa señora que piden las de su sexo, no bastidores, no agujas, no estrados nobles y quietos, no galas, común hechizo

en beldades de años tiernos, su inclinación adulaban, sino en el bridón travieso, con la escopeta y el dardo, persiguiendo al lobo, al ciervo, al jabali, al gamo, al oso, discurrir bosques y cerros, volar la garza, la grulla, matar la perdiz al vuelo; hojear en la quietud de las tinieblas cuadernos filósofos, comentarlos, soltarles los argumentos y, hecha academia su casa, las noches de los inviernos, en disputas semejantes hurtar las horas al sueño. Yo, que imaginaba entonces ser marido de un sujeto proporcionado á los nudos del fecundo sacramento, rehusé esposa que usurpase las acciones á su dueño, y con mujer para tanto juzgué el tálamo molesto. Salióme á esta coyuntura, en la corte de estos reinos, el lance más venturoso que pude pedir al cielo, porque doña Petronila Leiva y Osorio, que á empeños de amistad con un tío suyo añade el del parentesco, le hereda en un mayorazgo cuantioso; y agora el viejo castellano de Milán la enriquece en su gobierno; este, que es íntimo mío, ha sazonado deseos de que me acerque á su sangre con vínculo más estrecho, persuadiendo á su sobrina lazos que alegren mi cuello al tálamo, ya aceptado, y, en fin, el último pliego la posesión me asegura con un retrato tan bello que, cuando á costa del oro mienta el pincel lisonjero, no la opinión, no la fama, que es, don Gómez, la que creo, y me la pinta el milagro de Madrid. Voy, en efecto, á llamarme esposo suyo; pues siendo vos tan discreto tendréis estos tres motivos por suficientes. Cenemos.

ANA. Tiene más dificultades la cena, que ya no acepto, de lo que habéis vos juzgado, y en ella el plato primero ha de ser reconveniros en los desalumbramientos, indignos de vuestra sangre, con que avergonzaros pienso; intimarólos ahora, estéis ó no estéis atento,

y Dios sabe, en acabando, quién cenará ó no; yo vengo desde Malta en vuestra busca, donde, aunque mozo, año y medio cumplí con obligaciones del hábito que profeso.

Doña Ana fué hermana mía.
GREGOR. ¡Doña Ana! Eso no, que tengo certidumbre que ella sola nació en su casa.

ANA. Esto es cierto, y falsa esa certidumbre; el mucho amor que la debo, porque heredase á mis padres, me obligó á la cruz que al pecho el yugo excluye amoroso; baste lo dicho en cuanto esto, y en lo demás escuchadme, veréis cuán sin fundamento estriban vuestros engaños en los motivos propuestos. Pompeyo Ursino, que supo la fama que en menosprecio de mi hermana publicastes, y del debido respecto que se debe á tal Ursino, afirma con juramento, no sólo que no os ha hablado en su vida acerca de esto, más que nunca el competiros le pasó por pensamiento; porque, sin tener noticia de mi hermana, otros empleos á su amor proporcionados le llevaron los afectos; sobre el caso os desafía en una carta que dejo en la maleta, y no sé si habrá de dároslo tiempo; veis aquí el primer motivo, contra vos tan manifiesto, que en lugar de acreditaros os añade vituperios; como también el segundo, porque en Italia no es nuevo: las mujeres de alta sangre desmentir ocios molestos en la caza y en los libros, porque de pocas sabemos, de las prendas de mi hermana, que no alcancen, cuando menos, á entender letras latinas y ejercer por pasatiempo ya el cañón, que imita al rayo; ya el venablo y ya el acero. No privó Dios á las tales los ejercicios honestos de las letras y las armas si discurrir por ejemplos sólo (entre las maldiciones que en el delicto primero echó á la primera madre) fué el sujetarla al imperio del varón, consorte suyo; y sé yo que este precepto nadie con vos le guardara cual mi hermana, á ser su dueño.

Luego viene á reducirse en el motivo tercero todo cuanto caviloso en los dos habéis propuesto. Y este también, veldo vos, más parece fiscal vuestro que agente en vuestras disculpas; porque si, como os concedo, el no haber visto á mi hermana fué causa que los incendios de su amor no os abrasasen, ausente en Milán, ¿qué fuego amoroso os dió sus alas para que, volando á tienta á ver vuestra Petronila, os hechizase tan presto? Diréis que el verla en retrato. Diré yo lo que vos mesmo: que son flojos incentivos los pinceles y los lienzos; el mayorazgo en la corte, el interés avariento, por más que aleguéis excusas, hizo vuestro amor logrero. Ya mi hermana, don Gregorio, murió. Ya pide en el cielo satisfacción de su agravio; y yo, que en su nombre quedo sucesor de sus injurias, por ella y por mí pretendo acreditar sus desdoros, probándoos no lo haber hecho según las obligaciones que á toda mujer debieron conservándoos la fama los nobles y caballeros. Desnudad la espada agora, que en la justicia que alego,
(Sácala Doña Ana.)
fío que iréis á cenar al otro mundo. Ea...

GREGOR. Templo, rapaz, en fe de mis años, vuestros mozos desaciertos por los pocos, aún no abriles, que precipitáis soberbio. Andad con Dios á la corte y en ella me poned pleito: iráos mejor con letrados que aquí con armas y fieros.

ANA. ¡Don Gregorio! ¡Don Gregorio! Si acostumbrado á desprecios con bellezas de mi sangre presumís hacer lo mesmo con los Avalos, varones, engañáisos. ¡Vive el cielo, si no sacais la cuchilla, que os mate!

GREGOR. Escarmentaréos (Sácala.) con ella, como á un muchacho. (Riñen)

ESCENA VI

Sale BOCEGUILLAS. Entranse los dos acuchillando y luego sale Doña Ana en vainando.

BOCEG. ¡Fuera dije! ¿Qué es aquesto?

GREGOR. ¡Jesús! ¡Muerto soy!

BOCEG. Ahorróse
de Avicenas y Galenos.
¡Para tanto, y tan lampiño!
ANA. Su soberbia es quien le ha muerto.
Métele en esa espesura,
no den con él al encuentro,
y enfrena á prisa.
BOCEG. ¡Bien dicho!
que la bulla de allá dentro,
entre la taza y los naipes,
guarda á esta hazaña el silencio.
Acógete tú entretanto.
ANA. Junto á la Puente te espero. *(Vase.)*
BOCEG. Desmentiremos caminos
echando hacia Paracuellos. *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen Doña Petronila y Don Francisco.

PETRON. Díraos los brazos yo agora,
en albricias de la vida
que juzgaba en vos perdida,
á ser de ellos tan señora
como otras veces.
FRANC. Pues ¿quién
los brazos os enajena?
PETRON. Quien, porque puede, me ordena
que á nuevo dueño se den.
Toda la corte ha creído
que en Tarragona os mataron.
FRANC. Si envidiosos desearon
que lo hiciese vuestro olvido,
gracias, mi señora, á Dios,
vivo vuelvo, á que podáis,
con las nuevas que me dáis,
matarme de celos vos.
Si del modo que os oí
más de una vez, me hospedara
vuestro pecho, conservara
las finezas que os creí,
y el alma, que no se inclina,
si bien quiere, á falsedades,
pronosticara verdades
por la parte de divina
que tiene; echárame menos
y, adelantándoos enojos,
no os consintiera los ojos
tan alegres y serenos.
Vos, sí, me matáis de veras,
no asaltos, tiros ni balas.
PETRON. De las nuevas, cuando malas,
siempre se creen las primeras;
las que tuvimos de vos
fueron de que os habían muerto;
quiseos bien, sabéis que es cierto;
pero no estando los dos
desposados, si exteriores
demonstraciones hiciera,
motivo á malicias diera
de atentos censuradores.
Venís vivo. ¡Dios os guarde!
Falsas nuevas desmentís;
pero, aunque vivo venís,
para amarme venís tarde.
Hame casado en Milán
mi tío; acepté el contrato;

sustituyóme un retrato;
es noble, es rico, es galán.
Júzgole ya tan cercano,
que, si en la corte no está,
brevemente llegará
á ejecutarme en la mano.
Ved, pues, si es lance forzoso
cumplir esta obligación:
vos muerto en la estimación,
y él de próximo mi esposo.
FRANC. Gustosa habéis enviudado
en la voluntad primera,
pues el medio año siquiera
el luto no habéis guardado.
Muchos años os gozad,
ya que en vos mi amor expira,
que quien me mató en mentira
hará que salga verdad.
Porque, volviéndome loco
los desengaños que escucho,
no harán en matarme mucho
si en fingirlo hicieron poco.

(Hace que se va.)

PETRON. Oid, don Francisco, oid.
Esperad, que la templanza
logra tal vez su esperanza;
dejad que llegue á Madrid
el tal vuestro opositor,
y ambos á dos litigad,
que siempre es la voluntad
tibia sin competidor.
Alegue él en su derecho
la acción que le da mi tío;
que libre está mi albedrío
confesándoos que, en mi pecho,
antes que á él os dió lugar;
quiseos bien, y al forastero
ni le aborrezco ni quiero,
porque sin ver no hay amar.
Luego hasta aquí preferido
estáis en la antelación
de mi primera afición,
y retiraros vencido,
cuando con ventajas tantas
podéis litigar, sería
desairosa cobardía.
FRANC. ¡Ay, Petronila, que encantas
y enamoras con rigores!
¿Quién de ti pudo creer
que en mi ofensa había de hacer
pleito tu amor de acreedores?

ESCENA VIII

Sale Melchora. — Dichos.

MELCH. Esta carta con su porte
me dió un mozo para ti.
¡Jesús! ¿Don Francisco aquí?
¿Vivo, sano y en la corte?
¡Válgame Dios, y qué susto
me ha dado vuesa mesté.
FRANC. Vivo no, que mal podré
vivir si mata un disgusto.
Sano tampoco, Melchora;
pues en la cama cal
del desengaño; mas sí

en la corte, que cada hora
muda amantes como galas.
MELCH. Llorado le hemos las dos
más de un mes. Librenos Dios
de nuevas que son tan malas.
PETRON. *(Aparte.)* ¡Si fuese de don Gregorio
la tal carta!

MELCH. En buena fe
que esta noche le soñé
que estaba en el Purgatorio.
FRANC. No hay muerte como una ausencia,
pues que las vidas aparta.
PETRON. Lo que contiene esta carta
veré con vuestra licencia. *(Abrela.)*
FRANC. Será del dueño felice
que ya tan cerca esperarás.
¡Adiós!

PETRON. No quiero que os vais;
escuchalda, que así dice:
(Lee.) «Don Gregorio, mi señor,
que iba á serviros y á veros,
en la venta de Viveros,
según nos dice el doctor,
dará fin triste á su amor;
porque de una leve herida
está al *Laus Deo* de la vida
y ya el aliento le falta.
Dióselo un capón de Malta
que sobra para homicida. *(Asústase.)*
Tómanle la sangre aquí
y el dinero; llevaráse
á Rejas y cuidaráse
de su cuerpo y alma allí;
corre la cuenta por mí
de dároslo; un pasajero
es de aquésta el mensajero,
por cuya prisa concluyo;
Montilla, lacayo suyo,
y de hoy más vuestro escudero.»
¡Válgame Dios, qué desgracial
No la tengo por tal yo.

FRANC. Ni el que la carta escribió,
que, á fe que estaba de gracia.
MELCH. ¿Qué haremos, Melchora, en esto?
PETRON. Sea mentira ó sea verdad,
el caso es de calidad,
que en virtud de él te amonesto
vayas á Rejas al punto.
MELCH. ¿Y si éste algún cómo fuese?
PETRON. Dado que así sucediese,
ó le hallásemos difunto,
lucirá más la fineza
de quien dueño le aguardaba.
PETRON. ¡Que este susto me esperaba!
MELCH. Cuando por ellos empieza
amor y se muestra arisco
dicen que después se deja
ensillar.

PETRON. ¿Qué me aconseja
en tal caso don Francisco?
FRANC. Mi amor, que no vais allá;
y que sí, mi cortesía.
PETRON. La vuestra, desde este día,
en mi estimación tendrá
el abono que merece.
FRANC. ¡Qué cuerdo y qué generoso!
Será el ir con vos forzoso,

por lo que un camino ofrece.
PETRON. Tan obligada lo acepto
como habéis de hallar después.

ESCENA IX

Sale Doña Ana, de hombre, alborotada. — Dichos.

ANA. ¡Señores! si es interés
de nobles, que en un aprieto
fortuito y peligroso
se socorra á un desgraciado,
á un hombre la muerte he dado
contra mi honor alevoso;
viene tras mí la justicia
y en sus manos casi estoy;
amparadme, pues os doy
de mis desgracias noticia.
PETRON. Entraos en ese aposento. *(Entrase.)*
Otra desdicha, Melchora.
MELCH. Vienen á pares cada hora.
PETRON. Ciérrale en él al momento.
FRANC. Alabo vuestra piedad.
PETRON. ¡Qué mozo es el delincuente!
FRANC. Siempre el agravio es valiente
y suple cualquiera edad.

ESCENA X

Salen un Alguacil y tres Esbirros. — Dichos.

ALG. Aquí entró. No hay escaparse.
PETRON. ¿En mi casa la justicia?
Señores: ¿qué es esto?
ALG. Casos
que forzosamente obligan
á no mirar en respetos;
vuestas mercedes me digan
dónde un mozo se escondió,
de un caballero homicida,
que en la venta de Viveros
será milagro que viva.
PETRON. ¡Ay, cielos! ¿Quién es el muerto?
ALG. Si su desgracia os lastima,
el herido es don Gregorio
de Leyva Toledo y Silva.
PETRON. ¡Desdichada de mí! Que ese
que decid á ser venía
mi esposo desde Milán.
ALG. Vengad, pues, vuestra desdicha
manifestándome al reo.
PETRON. *(A don Francisco y á Melchora, quedo.)*
¡Pluguiera á Dios! Nadie diga
que sabe de él.
ALG. ¿Dónde está?
PETRON. No ha entrado aquí; que la vida
diera yo por la venganza
de tal insulto.
ALG. La vista
no es posible que se engañe;
por aquestas puertas mismas
entró, huyendo de nosotros.
MELCH. Debió de subirse arriba
ó esconderse tras la puerta.
PETRON. Los cuartos altos habita
un conde; búsqúenle en ellos;
que yo prometo en albricias
de su prisión un diamante.

- ALG. Será, pues, cosa precisa registrar toda esta casa, ya que, por ser compasiva, sois cruel con vuestro esposo.
- PETRON. Perdónos esa malicia; mas mirad que á la en que estáis se le guardan cortesías
- ALG. No es agora tiempo de ellas. Suban al cuarto de arriba y examinen sus rincones,
(*Vanse dos.*)
- entretanto que registra mi vista todo este cuarto (1).
- MELCH. (*Ap.*) El pobrecito pelagra.
(*Abren la puerta por donde entró Doña Ana, y entranse el Alguacil, Melchora y el Esbirro.*)
- FRANC. No hará tal viviendo yo; que quien los estorbos quita á mi amor, y impide celos, mi amistad y espada obliga.
- PETRON. Don Francisco, ¿estáis en vos? ¡Teneos!
- FRANC. Doña Petronila: ó he de morir ó librarle.

ESCENA XI

Salen MELCHORA y DOÑA ANA de mujer con un sereno en la cabeza.—DICHOS.

- MELCH. Siempre el mal se multiplica.
- ANA. ¡Hasta mi cama dos hombres! ¡Esto ha de sufrirse, prima! ¿Y en casa vuestra?
- PETRON. ¿Qué es esto?
- MELCH. Disfraces por tropelía.
(*Anda el Aguacil entrando y saliendo, como que busca al reo.*)
- ANA. ¿Tenéis tan poca confianza de lo que mi honor estima su crédito, que las noches que al reposo me retiran me echáis la llave vos propia, y hasta las once del día no consentís que me vea el sol, con no ser su ninfa; y cuando á dormir la siesta me encierro, medio vestida, dais en mi aposento entrada á dos hombres?
- FRANC. La justicia tiene licencia, señora, para tales demasías. No os asustéis, que no es nada.
(*A Doña Petronila.*)
Suplícote que prosigas con esta ficción sabrosa; pues es la persona digna, que la inventó, por su ingenio, de todo amparo y estima.

(1) Este verso y el anterior se hallan al margen en sustitución de otros tachados que decían:

«ALGUACIL. Entre conmigo Valdivia.

«Abren esta puerta.

MELCH. ¡Ay, cielos! etc.

- ANA. ¡Justicia en casa! Señores. ¡Válgame Dios, qué desdichal! Pues ¿qué ha sucedido en ella?
(*Está presente el Alguacil.*)
- PETRON. ¡Qué cansada melindrizas! Ya te han dicho que no es nada. Entrate allá.

ESCENA XII

Salen los dos Esbirros.—DICHOS.

- ALG. 1.º No hay quien diga cosa en casa de provecho. No he perdonado oficina, pieza, jardín, cofre, pozo, hasta la caballeriza, hasta debajo las camas; pues ¡por Dios! que no alucinan mis ojos, y que le vieron entrar por aquí.

- ALG. 2.º Allá arriba todos se hacen ignorantes; si bien una berberisca, esclava en el apariencia, no sé que pasos afirma que sintió en los corredores, como de quien huye á prisa, pero piensa que jugaban algunos de la familia. Saltaría á esotra casa.

- ALG. 1.º Es sin duda.
- ALG. 2.º
- PETRON. No te diga tercera vez que allá te entres. Acabemos ya.

- ANA. ¡Qué esquival! Ya recelará que el Conde, á título de visita, me ha de robar con los ojos; pues sosiéguese tu envidia y acaba ya de casarte con él, sin que me persigas. Pues todo se cae en casa y en esotro cuarto habita, ven tú á tocarme, Melchora. (*Vase.*)

- MELCH. Sazonado hermafrodita, ¿quien te reveló mi nombre?
(*Vase ésta.*)

- ALG. Hecho habemos exquisitas diligencias, aunque en vano. Perdonad, señora mía; que en ministerios como éste no cumple quien no averigua.
(*Vanse éstos.*)

ESCENA XIII

Doña Petronila y Don Francisco.

- PETRON. ¿Oistes vos en novela porazonada, aplaudida, suceso á éste semejante?
- FRANC. La necesidad afila los aceros al ingenio, y el riesgo le sutaliza desenvoltura agradable.

- PETRON. Cuando debiera, ofendida, aborrecerle, me alegro viendo que por mí se libra.
- FRANC. Yo, á lo menos, seré ingrato si, con la hacienda y la vida, desde hoy más no le agradezco medras de su bazarria. Llamémosle; mas él sale.

ESCENA XIV

Doña Ana, de mujer, y Melchora.—DICHOS.

- ANA. Si plumas no os eternizan, si no os celebran, señora, por la fénix de Castilla, no hay conocimiento en ella, ni en mí, desde aqueste día, sangre que noble me llame, fe que, como esclava, os sirva si, ingrato á tantas mercedes, toda el alma no os dedica, la voluntad, la memoria, el aliento que respira, los pensamientos que engendra y las potencias que anima.

- PETRON. No os quiero empeñado tanto, que á mí propia me debía el socorro que aquí hallastes y me le pago á mí misma, si bien tiene circunstancias.

- ANA. Melchora me dió noticia de ellas, y sé que de Italia caminaba el que venia á intitularos su prenda; mas, si no desacreditan la verdad enemistades, creed que no os merecía y que, en Nápoles casado, debéis estar á la herida que le dieron mis ofensas de algún modo agradecida. Sabréis el por qué á su tiempo.

- FRANC. ¿Qué mejor que éste? Decilda mucho de eso, ilustre joven; proseguid siquiera en cifra, desempeñaréis deseos que no ha mucho se ofrecían por vos á cualquiera lance.

- ANA. Tendré el serviros á dicha.
- PETRON. Quédese eso por agora; que estimo en más vuestra vida que esa relación, no obstante lo que me importa el oírlo; mirad que aquí corréis riesgo.

- ANA. Siendo vos la imagen mía del socorro, no osará ofenderla la justicia.

- PETRON. ¡Qué bien el traje os asienta! Si yo ignorara el enigma, ¡qué de celos fulminara de vos!

- ANA. Basta, que fulminan rayos, señora, esos ojos que agradezco, mientras miran á este caballero afables.

- FRANC. Si los vuestros patrocinan

- aná mi desvalimiento, mi esperanza resucita.
- PETRON. ¿Quién os dijo á vos que un conde sobre estas piezas habita, y el nombre de esa criada?

- ANA. ¿Quién, mi señora? Vos misma al alguacil, deslumbrando violencias de su pesquisa, y mandando que Melchora, hasta en aquesto advertida, con llave me asegurase.

- PETRON. Decís bien; pero me admira que os vistiédes tan presto, y que cuando lo examina todo el interés, pues siempre dicen que es lince en la vista, no reparase en la ropa que os quitastes.

- ANA. Mal podía, si me la puse debajo; cerróme el temor y prisa en esa cuadra, hallé en ella ropa, jubón y basquiña; esta curiosa toalla las almohadas cubría, que haciéndola serenero, los ministerios duplica; sirvió la capa de enaguas; acomodé luego encima lo femenino, y al sombrero un clavo tras las cortinas de la cama; espada y daga también escrúpulos quitan, durmiendo entre los colchones; revuelvo sábanas limpias entre la colcha y frazadas de manera que atestiguan que me levantaba entonces; entra la turba ministra, asústome á lo doncello salgo, si descolorida ó no del tal sobresalto los que lo vieron lo digan, y quedo libre y sin costas por vos, señora divina, y por este caballero. Ya la noche nos avisa que restituya disfraces; sácame, Melchora amiga,
(*Va por ello.*)

- sombrero, daga y espada, que apenas dará la risa
(*Desnuda el traje de mujer.*)
del alba mañana al campo los gajes que le matizan,
(*Desnudándose.*)

- cuando volveré gozoso á haceros una visita.
(*Queda en cuerpo, la capa como falde-llin, que se pone en su lugar; y tiene la cruz de San Juan en ella.*)

- PETRON. Cumplido así, que hasta entonces tengo de juzgar prolija la noche.

- FRANC. ¡Qué airoso mozo!

- PETRON. ¡Qué agradable bazarria!

- MELCH. Todo lo escondido traigo.
(*Melchora con lo que pidió, y póneselo Doña Ana.*)

ANA. Venga. Favorable prima,
adiós. Caballero, adiós.
PETRON. ¿Volveréis?
ANA. Por una vida
entre los dos empeñada. (Vase.)
FRANC. ¿Y qué ha de haber de partida
á Rejas?
PETRON. Dormir sobre ello,
que agora estoy indecisa.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Doña ANA, de estudiante bizarro, y Doña PETRONILA.

ANA. Todo cuanto he referido
es infalible verdad.
PETRON. ¿Hombre de tal falsedad
pretende ser mi marido?
No lo permitan los cielos.
ANA. Así engaña la presencia
de una agradable apariencia.
PETRON. Y vos, que excusáis recelos
de que os prenda la justicia,
vengador de vuestra hermana,
cubriendo con la sotana
la cruz de vuestra milicia,
¿por qué el nombre no mudáis
de la suerte que el vestido?
ANA. Basta mudar de apellido.
PETRON. Pues ¿de qué suerte os llamáis?
ANA. Don Gómez Portocarrero.
PETRON. ¿Y si el don Gómez hiciese
que alguno aquí os conociese?
ANA. Nunca del nombre primero,
que de pila el vulgo llama,
se suele hacer mucha cuenta;
no pudo verme en la venta
quien para su esposa os ama;
pues de noche y fuera de ella,
como la luna que hacía,
por entre nubes nos vía,
ya era luna, ya era estrella;
y así entre claro y obscuro
lo que advirtió en mi semblante
con el hábito estudiante,
mi señora, lo aseguro;
estimo vuestros temores;
¡ojalá fueran desvelos!
pero tratemos de celos,
que son sal de los amores.
Diez días ha que mi enemigo
en Madrid, convaleciente,
por veros á vos presente,
ved lo poco á que os obligo,
juzgándole por difunto,
sin peligro y en pie está;
porque á vos, ¿quién os verá
que no resucite al punto?
Visitáisle cada día,
regaláisle de hora en hora;
tantas finezas, señora,

y todas á costa mía,
¿cómo pueden ser en vano
si, mientras á verle vais,
y á un enfermo salud dáis,
le quitáis la vida á un sano?
PETRON. Don Gómez: las cortesías
precisas no son amores.
ANA. Vos mal lograréis las flores
de mis ya abreviados días.
PETRON. Vino á casarse conmigo
no menos que de Milán;
es mi deudo, ¿qué dirán
si de mi sangre desdigo?
¡Ay, don Gómez! nunca Dios
esta casa os enseñara;
ó, ya que en ella os librara,
nunca yo pusiera en vos
los ojos que lastimarse
supieron, para encenderse,
pues les dió el compadecerse
motivos de desvelarse;
de mi piedad os valistes,
nunca el cielo permitiera
que yo tan piadosa fuera,
pues cuando dama os fingistes,
tan hermosa os llegué á ver,
mudado el hábito y nombre,
que diera yo por ser hombre,
para haceros mi mujer,
lo mismo que después diera
cuando el traje os desnudastes
de mujer y os restaurastes
á vuestra forma primera.
Pero esto para después.
Vino á esta corte el herido
por vos. Si con él he sido,
visitándole, cortés,
y regalándole, noble
también os puedo afirmar
que si llegara á ignorar
lo civil del trato doble,
que con vuestra muerta hermana
usó, y vos me referís
el amor que me atribuíis
y la sangre que cercana
tengo suya, concluyera
conmigo dificultades
y, enlazando voluntades,
al tálamo nos uniera;
porque no me negaréis
lo que en él es tan notorio,
y que tiene don Gregorio,
aunque mal con él estéis,
excelentes perfecciones.
ANA. La mayor es celebrarlas
vuestro abono. (A lo triste.)
PETRON. El alabarlas
se quede en ponderaciones;
no por esto os demudéis,
que ya él acabó conmigo;
esto supuesto, prosigo
para que me aconsejéis.
Volvistes á verme el día
siguiente de aquel fracaso
que os abrió en mi casa el paso,
y añadíóos la hipocresía
del científico disfraz

del trajedizo estudiante
tanto hechizo en lo galante,
tanta guerra entre la paz
con que ese hábito asegura,
que ignorando el mal que encierra,
tocó en mis ojos á guerra,
en que abrasarme procura;
que hace la superstición
de estos siglos ignorantes,
en las viudas y estudiantes
gala la recolección.
Si en mujer, pues, transformada,
mis varoniles deseos
me hicieron en sus recreos
celosa y enamorada,
si después que os desnudastes,
ya Adonis, Venus primero,
¡cuánto, galán lisonjero,
mis potencias despeñastes!
Y si, estudiante después,
sois tres veces mi homicida,
tres veces por vos perdida,
y mi alma obligada á tres:
á don Francisco, que alega
mi primera voluntad;
al que vuestra enemistad
hirió, y á casarse llega,
y con más afecto á vos,
pues en tan arduo interés
valéis vos solo por tres,
y ellos no más que por dos.
¿Cómo saldré de este abismo,
si no es que en vuestro consejo
libradas mis dudas dejo
juez y parte de vos mismo?
ANA. Esta mano he de besaros (Bésasela.)
antes que esa plaza admita,
y aunque mi bien solicita,
primero he de preguntaros:
¿Qué imposibles pena os dan
cuando mi esposa os espero?
PETRON. Dos terribles considero:
una la Cruz de San Juan
en el pecho, que deshace,
casta toda y toda nieve,
el yugo amoroso y leve
que nuestras almas enlace.
ANA. Ése está tan en mi mano
como veréis algún día;
el segundo, prenda mía,
os falta decir.
PETRON. Que en vano
piensa encubrir vuestra edad
naturales desengaños
que han de pregonar los años
en vuestra cara.
ANA. Aclarad
más ese enigma.
PETRON. Si, haré;
pero excusad los colores
de la mía entre temores
que os han de enojar.
ANA. ¿Por qué?
PETRON. ¿Qué sé yo? Sabéislo vos,
y dudo manifestarlos.
Si vos queréis declararlos
solos estamos los dos;

que no por ese defecto
menos os he de querer.
ANA. ¿Imagináisme mujer?
PETRON. Peor.
ANA. ¡Qué bajo concepto
habéis formado de mí!
PETRON. ¿De vos yo? De dos renglones
culpadas manifestaciones
trabajosas.
ANA. ¿Cómo así?
PETRON. Esperaos, y mostraréos
dos líneas solas; y en ellas
la causa de mis querellas
y estorbo de mis deseos.
(Saca un papel; rómpele y enseñale dos
solos renglones.)
Hacen mención de la herida
pasada: ved vuestra falta.
(Lee.) «Diósele un capón de Malta,
que sobra para homicida.»
En mi sobresalto poco
conoceréis qué verdad
tenga aquesta falsedad:
sazonado anduvo el loco
que intentó, necio y cobarde,
valerse de estos engaños;
yo tengo diez y nueve años,
los Avalos barban tarde;
veréis cuán presto desmiento
malicias del delator;
volvamos á vuestro amor;
diréos en él lo que siento,
pues pedís que os aconseje.
Don Gregorio no ha de ser
quien os llegue á poseer.
Este, señora, se deje,
que vos no habéis de casaros
con quien me ha ofendido á mí.
Con don Francisco, eso sí;
que supo, firme, obligaros;
que supo, ausente, quererlos;
olvidándole, serviros;
ofendiéndole, sufriros,
y constante, mereceros.
Es mi amigo; el otro no,
y así, por mí, habéis de amarle,
y al otro ni aun escucharle,
basta gustar de esto yo.
Y pues juez me señaláis
de esta causa, y prometéis
que de mí no apelaréis,
fallamos que así lo hagáis.
PETRON. ¿Cómo don Gómez, pues vos
que, como juez, definís,
siendo parte os excluíis
sentenciando por los dos?
¡Qué tibio amor! ¡Qué severo!
¡Qué presto quién sois dijistes!
ANA. Asesor vuestro me hicistes,
la justicia es lo primero.
PETRON. ¿Es esa la voluntad,
tantas veces ponderada,
que me tenéis?
ANA. Comparada
con la razón y amistad,
cuando á la justicia toca,
ésta se ha de anteponer.

PETRON. ¡Qué poca debe de ser!
ANA. Esperad: veréis si es poca.
Boceguillas entra acá.

ESCENA II

BOCEGUILLAS y MELCHORA.—DICHAS.

BOCEG. Señor me llama, Melchora.
MELCH. También llamará señora:
salgamos los dos allá.
BOCEG. ¿Qué manda el domine mío?
MELCH. Acá vengo yo también.
ANA. Di tú, que lo sabes bien,
pues siempre de ti me fio,
qué finezas, qué desvelos
me hace esta ingrata pasar.
Dilo.
BOCEG. Eso es nunca acabar:
ansias, llantos, quejas, celos;
si fueran maravédises,
llenáramos de vellón
desde Madrid al Japón,
los Bajos y Altos países.
Ayudaba el otro día
á misa, que lo hace bien,
y por responder «Amén»,
dijo: «Petronila mía».
Las noches tan desveladas
de claro en claro pasamos,
que, aunque por dormir, tomamos
almidones y almendradas,
una de éstas, entre sueños,
se levantó y dió tras mí,
diciendo: «¡Ah, traidor!, aquí
te tengo; de los empeños
de mi honor será notorio
el desquite.» Desperté,
y díjeme: «¿A mí? ¿Por qué,
no siendo yo don Gregorio?»
«Si eres, dijo, que causar
á mi hermana te atreviste
la muerte, y pues la ofendiste,
no te has de petronilar.»
«Mira que soy, le respondo,
don Francisco.» «Ese es mi amigo,
replica, mas no me obligo
con celos á nadie.» Escondo
la cabeza tras un poste;
mas tiró tal cuchillada,
como quien no dice nada,
que me obligó á decir: «¡Ostel!,
pero olvidóseme el puto;
súbome, huyendo, al desván
y él dijo: «A los de San Juan,
ni Bajá ni Marabuto
se les escapa.» Me aturdo
de miedo. Estaba allí un gato,
si de Roma por lo chato,
del infierno por lo zurdo,
que una jácara maullaba
á una gata pelivisca;
preciábase ésta de arisca,
y el miz que la requebraba,
encrespándose se atufa
creyéndonos pretendientes
y, mostrándonos los dientes,

gruñe el uno, el otro fufa,
y cada cual desenvaina
dos cajas de á diez cuchillos;
sirvióme á mí de zarcillos
la gaticia, que era zaina,
y colgóseme á una oreja,
que, pensándola orejón,
la sirvió de colación
á vueltas de una guedeja;
el romo á la cara vuela
de mi amo, agraz de su boda,
y, pautándose la toda,
como muchacho de escuela,
dijo entonces, medio en sí:
«¡Oh, infame! ¿Tú me acuchillas?»
«¿Estamos en Boceguillas?»
«En él no, mas con él sí»,
dije, y ambos lloraduelos
repetíamos á ratos:
«Petronila, hasta los gatos
nos aruñan por tus celos.»
Salió el planeta membrillo,
y en la cura del tal cuento
se gastó un bote de unguento
almartaga y amarillo.
Tanto te ama, ¡vive Dios!
que con Pyramo se iguala.
ANA. ¡Anda, vete enhoramala!
BOCEG. Y esto, aquí para los dos.
PETRON. En efeto. ¿En qué quedamos
vos y yo?

ANA. En que si esta vez
pronuncié, en virtud de juez,
contra mí mismo el fallamos,
ya, como don Gómez, sólo
os pido, muerto por vos,
que á ninguno de los dos
améis; ni aun al mismo Apolo,
que hasta éste celos me da.
PETRON. La mano de amigos ¡eal! (Dásela.)
ANA. ¡Ojalá de esposo seal!
PETRON. ¡Ay, Dios, qué tierno! ¡Ojalá!

ESCENA III

Sale DON FRANCISCO y velos de la mano.—Después
MONTILLA.

FRANC. Falta de padrinos tiene
este feliz desposorio, (Celoso.)
pues...
MONTILL. Mi señor don Gregorio
á veros, señora, viene;
siendo ésta la vez primera
que los pies pone en la calle.
FRANC. Presto podréis despachalle
si ser vuestro esposo espera,
pues le ocupa la posada
tan discreta prevención.
PETRON. Cumplir esta obligación,
cuanto precisa cansada,
es fuerza: esperad los dos,
y con menos sentimiento,
don Francisco, en un intento
donde habéis tenido vos
más parte que imagináis,

pues es vuestro protector
quien juzgáis competidor.
ANA. Si presto no despacháis
la visita juzgaré
que la recibís con gusto.
PETRON. Menos tiempo de lo justo,
don Gómez, la ocuparé. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos DOÑA PETRONILA.

ANA. ¡Qué poca satisfacción
los celos, amigo, dan!
Pues, por la cruz de San Juan,
que los fundáis sin razón;
porque en las manos ceñidas
que maliciáis en los dos,
fuistes la visagra vos
á vuestro amor reducidas:
quien bodas ausente ordena,
para asegurar su amor,
nombrando un procurador,
se casa por mano ajena.
Esto mismo á hacer me atrevo
por cumplir con mi amistad:
lograr vuestra voluntad
y pagaros lo que os debo.
Celos son desconfiados
y de pasión tan avara,
que nunca yo los osara
pedir dineros prestados.
Dama tengo yo en Madrid,
que habéis de ver esta tarde,
y hacer de mi dicha alarde.
No me respondáis: venid,
que os he de dejar corrido
por lo que habéis maliciado.
FRANC. Dar excusas no acusado
sospechoso siempre ha sido,
y más con la calidad
de ese traje; que el engaño
se matricula cada año
en cualquiera facultad:
embelecos y estudiantes
todo es uno.

ANA. En conclusión,
no hay regla sin excepción:
vos y yo somos amantes,
mas en distintos sujetos;
lo que dure esta visita
vuestra amistad me permita
que os comunique secretos
conque hagáis, después, de mí,
confianza más segura.
FRANC. Vamos; que amor es locura,
y celos su frenesí.
ANA. Verá otros nuevos secretos:
don Gregorio, por cuidado,
todas las tardes al Prado
sale de los Recoletos;
yo he de ir allá, y un engaño
me ha de lograr dos intentos:
proseguir mis pensamientos
y vengarme con lo extraño;
su desvelo ha de aumentar
mi industria; que pues aquí

me tiene sin alma á mí,
también él ha de penar. (Vanse.)

ESCENA V

Salen MONTILLA y BOCEGUILLAS.

MONTILL. ¡Ah, caballero!
BOCEG. (Ap.) Recelo
que me conoció el Montilla.
MONTILL. Caballero, no de silla,
sino de manta ó en pelo:
una palabra.
BOCEG. Abreviar
con ella, y hablar sin fieros.
MONTILL. En la venta de Viveros
¿no le vi yo administrar
al criminal por civil
desbarbado?
BOCEG. Si vería,
puesto que no era de día,
á la luz de algún candil.
MONTILL. Pues, cómplice en el delito,
¿cómo se anda por aquí?
BOCEG. Yo, Montilla, os asistí
en todo lo requisito
de la tal cena fiambre,
y cuando mi amo le hirió
al punto las afufó
dejándome con el hambre.
Pasó entonces por la Puente
un caballero estudiante;
seguile, aunque de portante
volaba, y fué tan clemente
que, informado del suceso,
plaza en su casa me ha dado;
habémonos combinado,
yo mequetrefe, él travieso;
sirvole de gentilhomme,
porque lo soy, como ve,
y, aunque las manos mudé,
no han mudado ellos el nombre:
don Gómez, como el primero,
el segundo; pero aquél
Avalos y Pimentel,
y estotro Portocarrero.
¿Queda más por preguntar?
MONTILL. Mucho más.
BOCEG. Estoy de prisa.
MONTILL. ¿Qué causa tiene él precisa
en esta casa?
BOCEG. El estar
con don Gómez, de esta dama
primo.
MONTILL. ¿Quién los emprimó?
BOCEG. Sus padres, ó ¿qué sé yo?
ansí lo afirma la fama.
MONTILL. Luego ¿él también será primo
de la fámula Melchora?
BOCEG. Si ella imita á su señora
y yo al amo, que es mi arrimo,
un mismo deudo tendremos;
porque los sirvientes y amos
por un estilo emprimamos
con las hembras que queremos.
MONTILL. Eso es lo que yo aguardaba:
saque la espada.